

El autor de este artículo es un educador y pedagogo que ha trabajado en el campo de la educación durante muchos años. Su experiencia le ha permitido observar de cerca los problemas que se plantean en el proceso educativo y buscar soluciones que permitan a los estudiantes desarrollar su capacidad de autoorganización y autoaprendizaje. Este artículo es el resultado de su reflexión sobre estos temas y su deseo de compartirlos con otros educadores.

EDUCACION PARA LA AUTOGESTION

Félix GARCIA MORIYON

Madrid

I. ¿QUE SIGNIFICA EDUCAR?

DEBE QUEDARNOS muy claro desde el principio que la educación es un proceso social mediante el cual una sociedad transmite sus creencias, ilusiones, esperanzas, costumbres y tradiciones, etc., a los recién nacidos, evitando de esa manera el riesgo de autodestrucción al que se vería abocada una sociedad que dejara de educar y buscando al mismo tiempo una vida mejor, más plena y más rica para todos y cada uno. Cuando una sociedad no tiene una idea clara de sí misma, ha perdido sus tradiciones y sus esperanzas, la educación es imposible y se ve sumida en una completa confusión. La educación hunde sus raíces en una tradición creativa y dirige sus esfuerzos hacia un futuro mejor. El núcleo de la educación sería conseguir hacer vivir en el presente la memoria y la esperanza.

Mas todavía, la educación es un proceso social porque es imposible aprender en soledad. El aprendizaje sólo puede darse en un contexto social, en una comunidad en la que se comparten ciertos objetivos y procedimientos entre todos los miembros; el autodidactismo no es más que un frágil y deformado reflejo de lo que es la educación. Incluso la relación entre un profesor (o más todavía, un maestro) y un alumno no es suficiente, del mismo modo que resulta insuficiente la exclusiva relación entre padres e hijos. Por más que el papel del maestro en la educación es fundamental, no es suficiente, ni siquiera en el caso en el que seamos conscientes de que la relación educativa tiene dos direcciones, la que va del maestro al alumno y la que va del alumno al maestro. Mientras no tengamos en cuenta el papel desempeñado por los demás alumnos y compañeros en la educación, estaremos errando el tiro.

Evidentemente tenemos que tener cuidado y superar dos errores muy frecuentes y muy peligrosos. El primero supone convertir este proceso de socialización en

un proceso de adoctrinamiento, de manipulación y sometimiento de los alumnos, a los que se obliga a aprender y hacer propios, sin ningún sentido crítico, los valores morales, las reglas, costumbres y modelos sociales de comportamiento. De hecho, y desgraciadamente, es una práctica muy frecuente. El segundo error, continuación del primero, consiste en convertir al profesor en un amo con poder y control casi absolutos sobre los estudiantes. La escuela se convierte en una agencia de control social y el maestro en una versión suavizada del policía. Reducido a puro instrumento de reproducción social, se considera a sí mismo como poseedor de sabiduría y conocimiento, cuya misión es llenar las vacías cabezas de los niños con ese "valioso" contenido. Los niños sólo necesitan escuchar, memorizar y repetir.

Esos errores obedecen en gran parte a que se olvida la segunda característica básica de la educación, tan importante como la primera. La educación es el proceso de desarrollo del niño, el único procedimiento para crecer y llegar a ser, si es posible, un adulto, una persona autónoma y madura, capaz de mantener juntas la libertad y la solidaridad a lo largo de toda la vida. Estamos hablando de un proceso que brota del propio interior del niño; éste es el único sujeto y dueño del proceso y la responsabilidad de la sociedad y de los profesores se reduce a estimular, alentar y apoyar las mejores posibilidades que el propio niño posee.

Educación es, por tanto, adquirir un conocimiento, pero también pensar por sí mismo; es recibir, pero al mismo tiempo una actividad que sale de uno mismo; es conservar una tradición, pero abrir la puerta a la innovación, o a una tradición de innovación y cambio. Las mentes de los niños no son depósitos vacíos que tienen que llenarse con un montón de cosas, sino mentes abiertas ansiosas por aprender y descubrir y deseosas de trabajar en su propio desarrollo. Es posible una integración social crítica que respete las diferencias personales. Los niños no necesitan aprender un conjunto de respuestas preparadas por sus profesores; tienen que aprender a preguntar y sentir curiosidad —a preservar su natural curiosidad y asombro— buscando las respuestas en un proceso compartido de investigación y descubrimiento. El niño es siempre el protagonista de la novela y la educación es, sobre todo, un proceso de investigación y descubrimiento.

Reafirmando este paidocentrismo educativo, debemos guardarnos de los errores que en algunos momentos se cometen. El paidocentrismo no significa que los niños puedan hacer lo que quieren, ni conduce a una confusión absoluta entre libertad y permisividad, o una práctica pedagógica en la que las clases se convierten en sesiones de terapia de grupo y los profesores, por no ser autoritarios, renuncian a cualquier tipo de guía o dirección del proceso educativo. La disolución del principio de autoridad es casi tan nociva como la preservación del poder, que suele acompañarle. Por otra parte, tampoco debemos confundir el desarrollo personal del niño con una inversión económica: con demasiada frecuencia los responsables gubernamentales y los hombres de negocios sólo ven en el niño la futura fuerza de trabajo y realizan esfuerzos inútiles para acomodar la escuela al mercado laboral; al mismo tiempo, padres y estudiantes sólo ven en la escuela

una escalera que hay que subir necesariamente para acceder a mejores trabajos y ganar más dinero.

Si admitimos, por tanto, que la educación es al mismo tiempo un proceso social y personal, debemos aceptar ciertas consecuencias coherentes con esa concepción. Si bien no es posible justificar aquí y ahora todo lo que vamos a decir, sí es posible hacer una breve enumeración:

— La única diferencia entre un niño y un adulto es una diferencia de grado. Los niños son seres racionales y morales exactamente igual que nosotros, aunque con menos experiencia. Tienen dificultades con el pensamiento abstracto y lógico y con la capacidad de ponerse en la posición de los otros y aceptar su punto de vista, pero los adultos también tenemos bastantes dificultades en ambas cosas, especialmente en la segunda.

— Los niños tienen que aprender mucho de los adultos, pero éstos también tienen mucho que aprender de los niños. Estos nos enseñan a seguir asombrándonos y preguntándonos "qué" y "por qué"; a exigir razones y justificaciones de lo que decimos y hacemos; a vivir en el presente sin renunciar a nuestros deseos, sueños e ilusiones sometidos por las restricciones sociales y naturales. Incluso nos ofrecen ideas nuevas y frescas que, si las tenemos en cuenta, pueden sacudir nuestra rigidez mental.

— El proceso es tan importante como el contenido y es imposible separarlos o subordinar uno al otro. No puedes pensar por ti mismo si no tienes tus propias ideas para pensar en ellas; no se puede hablar si no hay nada de que hablar y nadie a quien hablar; no se puede hablar absolutamente de nada si no se sabe hablar. De escuelas no democráticas nunca saldrán personas democráticas; y la única manera de aprender a ser libre es siendo libre desde el primer momento.

— En la educación, todo problema resuelto con el uso de la fuerza sigue siendo un problema. Con el uso de la fuerza y la coerción podemos domesticar, pero nunca educar. Ciertamente es imposible educar, es decir, dirigir y guiar a los niños, si no asumimos el riesgo de estar adoctrinándoles o forzándoles. No hay ninguna solución teórica a este problema, verdadera cruz de la educación, ni existen respuestas claras. En la práctica los profesores solemos ser excesivamente autoritarios y tendemos a olvidar o despreciar que los niños tienen el derecho y el deber de decidir por sí mismos. Por eso hay que tener mucho cuidado.

— La relación pedagógica en la escuela no es sólo la que se establece entre el profesor y los alumnos, sino algo más complejo: profesor-estudiante, estudiante-profesor, estudiante-estudiante, y, a otro nivel, también profesor-profesor. Por eso es necesario crear y cuidar una comunidad de investigación y diálogo en la que los estudiantes y el profesor compartan una experiencia y trabajen juntos por un objetivo común.

— De lo anterior se deduce que debemos renunciar a todo tipo de didáctica basada en la competición y competencia. Mientras sigamos dando notas a los alumnos, será muy difícil, si no imposible, construir una comunidad de diálogo e

investigación, pues estaremos fomentando la competición entre los alumnos y perpetuando diferencias injustas. Utilizar premios (estímulos o refuerzos) externos, distintos que los que se derivan de la misma actividad, es inútil; evidentemente el uso de refuerzos positivos externos es menos penoso para el niño que el uso del castigo, pero no es mucho más útil.

— El papel del maestro en la educación es muy importante, es más, es la piedra angular sobre la que se basa toda la educación. Si tenemos un interés real en los niños y nos preocupa su crecimiento y desarrollo, tenemos que preocuparnos de sus maestros. No es posible ninguna reforma educativa sin la cooperación e ilusión de los profesores; las mejores técnicas pedagógicas se pierden si no se enseña a los profesores cómo utilizarlas en su trabajo cotidiano. Tenemos que conservar la ilusión en su trabajo —demasiados profesores se queman demasiado pronto en un trabajo realmente duro—, estimulando un sentido de comunidad, una capacidad de diálogo y un deseo de aprender.

— No hay forma de garantizar el resultado del proceso educativo. Algunas veces el ambiente social, la familia y la escuela, incluidos sus profesores, son tan malos que la "educación" es tan sólo la reproducción de las peores características de la conducta humana. Por eso la educación consiste en gran parte en modificar el medio ambiente para conseguir ofrecer a los niños las mejores oportunidades para llegar a ser libres, iguales y solidarios. Pero debemos también aceptar el hecho de que algunas veces son los propios niños los que rechazan, incluso desprecian, aprender. Aunque solemos llamar rechazo al simple hecho de que empiezan a ocuparse de su propia vida por sí mismos y no aceptan nuestros criterios y normas, algunas veces somos testigos que contemplan impotentes cómo los niños desperdician sus vidas, destruyéndose a sí mismos y rechazando tenazmente nuestro consejo y nuestra ayuda. Aceptar el lado oscuro de la libertad humana e intentar una vez y otra el superarlo sin renunciar nunca, es la más desagradable característica de la enseñanza, pues algunas veces es la causa de nuestra derrota; pero es también la más interesante, pues, muchas veces, sin el uso de la fuerza ni la coerción, podemos decir que lo hemos conseguido.

2. ¿QUE DEBEMOS ENSEÑAR?

Como acabamos de decir, aunque importante, el proceso por sí solo no es suficiente: hace falta también el contenido del proceso. El currículum es el último, más variable y más correcto resultado de fijar un contenido. No podemos discutir ahora un currículum específico, pero sí podemos exponer los fundamentos de los contenidos, los fines y objetivos básicos que deban alcanzarse, sin lo que es imposible una articulación coherente de un currículum. Algunas de estas ideas necesitarán ser tratadas de forma específica en una asignatura, pero la mayor parte son motivos básicos que deben recogerse en todo el currículum. Esto no implica una responsabilidad diluida: cada asignatura y cada maestro debe tener

claramente definida su propia contribución a la tarea común. Por otra parte, estos objetivos básicos no sólo deben ser enseñados, deben ser practicados pues no hay nada parecido a una enseñanza pasiva. Es decir, volvemos con esto a insistir en que la educación es un proceso y la escuela una institución social, y es peligrosa toda separación artificial entre el contenido y la forma.

2.1. Sabiduría

Desde Platón hasta Russell, desde Descartes hasta Dewey, desde Comenius hasta Freire, la sabiduría ha sido considerada como el objetivo básico de la educación, el fundamento sobre el que se basaba todo el proceso del desarrollo humano, personal y social; más aún, la sabiduría ha sido el criterio básico empleado para estimar la calidad de un sistema social.

Para empezar, la sabiduría significa la capacidad de mantener unidos, en un proyecto coherente de vida, todos nuestros rasgos y tendencias, nuestras ocupaciones y actividades. De hecho estamos urgidos por muchas y muy diferentes exigencias de nuestro ambiente y tenemos que asumir muchos y muy diferentes papeles a lo largo de nuestra vida y todos y cada uno de nuestros días. No es fácil ni mucho menos alcanzar la sabiduría y siempre cabe la posibilidad de que nuestra personalidad no pase de ser un mosaico fragmentado y disperso de características que incluso se contradicen. Por eso mismo no es válido dar por supuesto que los profesores o los adultos, por el mero hecho de serlo, de tener más años que los niños, posean esta sabiduría. Los adultos siguen esforzándose en conseguirla y preservarla; sólo aventajan a los niños en experiencia, pero muchas veces la experiencia es una pesada losa, una rutina pegajosa y paralizante.

En segundo lugar, la sabiduría alude a una firme y sólida relación entre teoría y práctica. Ser sabio es tener el poder de juzgar correctamente y de seguir el curso de acción más adecuado, basándose en el conocimiento, la experiencia y la comprensión de los problemas. No es tan sólo pensar, sino *pensar bien*, o un *pensamiento bueno* en el que no hacemos ninguna separación entre los medios y los fines y que no se reduce a una habilidad técnica especializada en la resolución de problemas. La sabiduría preserva la igualdad entre la Razón, la Verdad y la Realidad, y establece una Razón práctica y teórica que no sólo intenta comprender el mundo sino también transformarlo para conseguir que las cosas y los seres humanos puedan llegar a ser lo que realmente son y deben ser. La sabiduría está absolutamente reñida con el universo totalitario, y también empobrecido, del pensamiento "positivo" y de la racionalidad tecnológica. Exige tener cuidado tanto del proceso como del contenido, evitar todo tipo de pensamiento descuidado y preservar el amor por la verdad, el bien y la belleza sin los que se desvanece la posibilidad de una vida buena.

La sabiduría no es un conjunto de "verdades" o conocimientos dispuestos para ser transmitidos a los niños, ni un conjunto de reglas de comportamiento para conseguir la felicidad. Es un estilo de vida completo, de actuar y de pensar,

sentir y amar, que tiene que ser estimulado y cuidado tanto en los adultos como en los niños. En definitiva, la búsqueda de la sabiduría tiene tres "caras" que tienen que ser mantenidas unidas, siendo precisamente la sabiduría, como dijimos antes, ese esfuerzo por alcanzar la unidad entre las tres, sin negar las características específicas de cada una. En cualquier caso, nunca puede haber sabiduría si no hay verdad, bien y belleza.

2.2. Verdad

No es necesario que los niños tengan que recorrer el mismo camino largo y penoso que la humanidad ha atravesado para llegar al nivel actual de conocimientos. Una de las misiones más importantes de las escuelas, y también su más sólida justificación, es la de transmitir a los jóvenes este conocimiento acumulado a través de la historia, y los alumnos tienen el deber de memorizarlos, incorporarlos a su memoria. Por eso mismo tenemos nosotros la obligación de enseñarles lo que sabemos sobre la naturaleza, los seres vivos, el ser humano, la sociedad y la historia.

Reconocido lo anterior, es obligado también reconocer que con frecuencia en las escuelas se identifica la enseñanza con esa única actividad, mostrando una concepción muy estrecha de la educación. Quizá eso se debe a que es más fácil hacer eso que educar, y que favorece la necesidad de poner notas, pero la enseñanza de la verdad es algo más profundo y más amplio. Si no queremos confundir a nuestros alumnos, si no queremos apagar en ellos para siempre la pasión por la verdad, tenemos que explicarles que todas esas verdades son sólo un resultado cierto pero provisional de un proceso de observación del mundo, seguido con cuidado y prudencia, un proceso de elaboración de hipótesis para explicar, interpretar y transformar la realidad, y de discusión abierta en un diálogo e investigación intersubjetivas en el seno de una gran comunidad que comparte el mismo amor por la verdad.

Por eso mismo, enseñar la verdad no significa ofrecer las respuestas a la curiosidad de los niños; más bien significa estimular y fomentar esa curiosidad. Todos, niños y adultos, buscamos respuestas, incluso con ansiedad, pero éstas son sólo un breve descanso en la búsqueda común y difícil de la verdad; nos permiten recuperar el vigor suficiente para volver a empezar nuestra búsqueda. Todos, niños y adultos, tienen que aprender a vivir sin respuestas, pues algunas veces no existe ninguna respuesta, tan sólo dudas y preguntas. De todas formas, sólo aquellas respuestas que provocan preguntas nuevas y quizá más profundas son buenas respuestas. No queda sitio para el absolutismo, el dogmatismo o el adoctrinamiento, y mucho menos para el relativismo, la versión más sutil y más dura del absolutismo. Si decimos que toda afirmación es sólo una opinión y que no existen criterios intersubjetivos para valorar las diferentes afirmaciones, la verdad es algo que deja de tener sentido, el diálogo y la discusión se convierten en

algo imposible y las razones se reducen a preferencias personales y subjetivas. En estas condiciones, la educación se desvanece.

El absolutismo y el relativismo, las dos caras de una misma moneda, están muy arraigados en nuestra sociedad y en nuestras escuelas, por eso tenemos que tener mucho cuidado con los procedimientos y los contenidos que empleamos y transmitimos en nuestras clases. Tenemos que aceptar las ideas de nuestros alumnos, incluso estimularles a que expresen en voz alta lo que están pensando, pero nunca les debemos consentir que terminen su pensamiento, la exposición de sus ideas, con una pura y simple afirmación. Tienen que dar razón de lo que están diciendo; tienen que reconocer los supuestos que están detrás de sus opiniones aparentemente firmes, y reconocer también sus propios prejuicios y deformaciones tendenciosas. Tienen que aceptar las críticas de sus compañeros y ser capaces de responder "sine ira et studio". Tienen que reconocer sus errores y estar abiertos y dispuestos a cambiar de opinión cuando sea necesario.

Y todo eso exige rigor y disciplina, pues no existe ningún aprendizaje real sin esfuerzo y sufrimiento. El diálogo no es charla o parloteo; es una investigación comunitaria, un compromiso compartido con la verdad. Siempre estarán presentes el error, el prejuicio, la deformación tendenciosa e interesada, pero eso no importa demasiado, puede ser hasta muy positivo si somos capaces de aprender de nuestros errores, sabemos deshacernos de ellos y seguir buscando la verdad. En última instancia, esa ha sido la lucha de la humanidad desde el principio y sigue siendo nuestra lucha, una lucha que la escuela no resuelve ni termina, pero ayuda a hacerle frente, proporcionando el método para hacerlo lo mejor posible, el método propio de un pensamiento bueno.

2.3. Bien

Clarificación de valores, educación moral, ética en la escuela, educación para la democracia, son expresiones habituales que intentan hacer frente a un problema central de la educación en estos momentos, y siempre. Teniendo en cuenta la crisis de legitimación en las sociedades democráticas occidentales y las profundas transformaciones que está viviendo el mundo actual, el problema de qué se debe enseñar en este campo es un problema apremiante. El riesgo de adoctrinamiento o relativismo es en este caso todavía mayor que en la enseñanza de la verdad, si bien ambos van unidos, dada la imposibilidad de separar la verdad del bien, una separación que se hace con excesiva frecuencia; a mayor riesgo, mayor es también la susceptibilidad de los implicados, hasta ser casi morbosa. La llamada en favor de valores "firmes" y perennes por parte de los fundamentalistas es una respuesta muy mala al problema, pero no es peor que el tratamiento relativista propio de la clarificación de valores o de la confusamente llamada escuela neutral, ambos muy en sintonía con el estilo de vida individualista-narcisista y el relativismo social absoluto que padecemos ahora. Hay que buscar algo distinto.

En primer lugar, una vez más hace falta tener mucho cuidado con los procedimientos. Nunca transmitiremos el bien y la virtud a los niños dándoles charlas morales, peroratas o moralinas. Tienen que observar en la vida cotidiana de la escuela, junto con sus compañeros y profesores, una conducta que sea coherente con el conjunto de valores que se les están enseñando. No existen unos medios neutrales que nos permitan alcanzar unos fines valiosos; de hecho, la ética desaparece siempre que se produce una ruptura entre los fines y los medios. La clase y la escuela en su conjunto tienen que ser una comunidad en la que las personas se escuchan mutuamente, compartan actividades y objetivos, discutan los medios adecuados para alcanzar esos objetivos y se ayuden mutuamente en habilitar los medios y en modificar los fines cuando sea necesario. Esto exige intentar comprender el punto de vista de los otros y justificar nuestro propio punto de vista, y aceptar los mismos derechos y deberes que todos los demás. El diálogo y la comunidad son, por tanto, las únicas bases sobre las que se puede edificar una educación moral.

En segundo lugar debemos rechazar cualquier separación o conflicto entre los juicios de valor y los de hecho. Insistimos en el diálogo y la comunidad como métodos necesarios precisamente porque aceptamos la posibilidad y la necesidad de justificar nuestras ideas morales. Hay que enseñar a los niños a justificar sus opiniones morales, a discutir las y aceptar un proceso de autocorrección como consecuencia de esta investigación ética comunitaria. Las opciones éticas deben estar racionalmente fundamentadas y en ningún caso pueden reducirse a estimaciones emotivas, cuestiones de opinión o de gusto. Al mismo tiempo, este proceso comunitario hace posible que la consolidación de la autonomía moral en los alumnos vaya de la mano con la construcción de unos valores sociales comunes.

Por último, el diálogo, como la tolerancia y la democracia, no es sólo un valor formal o una cuestión de método o procedimiento; es también un valor sustantivo y es preciso reconocer que una escuela pluralista (la única posible en una sociedad democrática y en el marco de una educación obligatoria) implica un conjunto de valores preciso y definido, si bien dinámico y abierto. Y sólo hay un posible conjunto de valores coherente con esas premisas, uno que tiene sus raíces en una tradición muy antigua, que en el siglo XVIII fue resumido en tres palabras y que desde entonces se ha desarrollado tanto que en estos momentos es una rica y poderosa expresión de las mejores esperanzas y deseos de la humanidad. Nos referimos a la libertad, la igualdad y la solidaridad, a los valores recogidos en las sucesivas declaraciones de los Derechos Humanos.

2.4. Belleza

Esta es la tercera y última "cara" de la sabiduría. Aunque normalmente es menospreciada en la educación o se la confina a asignaturas muy específicas, que se consideran muy secundarias, la estética, como el ámbito en el que se com-

prende y estimula la belleza, desempeña un papel fundamental en el objetivo global de llegar a ser una persona educada.

Para empezar, la belleza significa que nos preocupamos tanto del modo de decir las cosas como del contenido que estamos intentando expresar. No sólo nos fijamos en lo que queremos decir, sino también en "cómo" lo expresamos o hacemos; y cuanto más cuidado ponemos en esto último, más mejora y se enriquece lo anterior. Los niños descubren que tienen que cuidar sus formas y maneras de comportarse si quieren mejorar sus relaciones con los compañeros y su propio desarrollo personal. Si queremos discutir y dialogar, no podemos chillar, gritar o reírnos de las opiniones e ideas de los demás, al igual que tenemos que mostrar, con nuestros gestos y actitudes, que estamos realmente interesados en lo que nos dicen. Si queremos expresar y comunicar nuestros propios sentimientos e ideas, tenemos que buscar las palabras adecuadas y las más sugerentes, cuidar y pulir nuestro estilo al hablar y al escribir, ampliando así nuestra capacidad de evocación. Si nuestro objetivo y nuestro medio es la construcción de una comunidad, no podemos admitir una conducta sucia, descuidada o displicente.

La belleza significa también una armonía entre las partes que componen un todo. Esta relación armónica de las partes entre sí y de éstas con el todo tiene importantes implicaciones educativas. Por decirlo de otra manera, es necesario que mantengamos juntas todas las piezas, tanto en un sentido espacial como temporal. Cada momento de la vida de un niño tiene que hundir sus raíces en la experiencia previa y estar abierto a un amplio futuro. Pero el presente no es sólo un puente entre el pasado y el futuro, entre las esperanzas y los recuerdos; tiene también un sentido "espacial", lo que significa que el niño tiene que captar las relaciones existentes entre todas las exigencias procedentes del medio ambiente y de sí mismo, de tal forma que pueda modelar y crear su propio estilo de vida.

El ámbito de la estética y de la belleza es aquel en el que los seres humanos alcanzan el más alto grado de experiencia y actividad. Es un error muy grave, pero muy corriente, el crear un abismo entre la vida artística y la vida cotidiana, pues eso significa que aceptamos la rutina, la actividad sin sentido, la repetición, en la mayor parte de nuestra vida y reservamos la actividad llena de sentido para unos escasos momentos y actividades, e incluso para unas pocas personas a las que consideramos dotadas de una capacidad especial muy lejos de nuestro alcance. Creado el abismo, el aburrimiento se convierte en la característica fundamental de la escuela y profesores y alumnos se resignan a aburrirse mortalmente. Debemos rechazar esa ruptura no justificada e intentar devolver la creatividad y el sentido pleno al trabajo de los niños en la escuela y en su casa, convirtiendo así el acto de enseñar y aprender en un auténtico y fecundo acto de creación.

Por último, la obra de arte, la búsqueda de la belleza, es el lugar en el que los seres humanos intentan de una forma muy especial superar un mundo y una sociedad en la que no hay lugar para la alegría y la felicidad. Al mismo tiempo, en

la obra de arte, los seres humanos se esfuerzan por mostrar que la reconciliación del hombre con la naturaleza y de los seres humanos entre sí no es algo a lo que debamos renunciar. Nuestros sueños y nuestras esperanzas, nuestros deseos e ilusiones, se hacen presentes en la obra de arte. Ambas dimensiones del arte, la negativa de la crítica y la positiva de la propuesta, no pueden separarse de la educación si queremos mantener lo que significa educar.

3. ¿DONDE ENSEÑAMOS Y APRENDEMOS?

En diversas ocasiones hemos insistido en que es imposible hacer una clara distinción entre los medios y los fines, lo que puede aplicarse también a los lugares en los que tiene lugar la educación. Los niños tendrán una educación de acuerdo con las escuelas a las que hayan asistido y nosotros crearemos unas escuelas de acuerdo con el tipo de educación que queramos conseguir. De hecho, la escuela es un medio ambiente artificial creado expresamente para que los niños puedan adquirir la mejor educación posible. Brevemente expondremos los rasgos que deben caracterizar nuestras clases, escuelas y, por último, toda la sociedad considerada como un entorno pedagógico.

3.1. La clase como una comunidad de diálogo e investigación

La relación pedagógica básica y primaria es la que existe entre un profesor y unos alumnos. Es una relación personal en la que ninguno tiene una superioridad clara sobre el otro, y es también una relación bidireccional y asimétrica. Es asimétrica porque cada uno desempeña un papel diferente y corresponde al profesor guiar y dirigir el proceso educativo de los niños; tienen que estimular su integración social crítica y su desarrollo personal, en un equilibrio siempre difícil entre el respeto al niño y su obligación de orientarle. Pero es igualmente una relación bidireccional pues, como ya hemos dicho, la diferencia entre los niños y los adultos es tan sólo una diferencia de grado y los profesores pueden y deben aprender de los alumnos, siempre que no reduzcamos la educación a una transmisión de conocimiento desde el profesor hacia el niño, lo que destruye cualquier posibilidad de una educación.

Ese reduccionismo bastante habitual suele ir unido a otra grave distorsión. Si sólo hay dos personas, un estudiante y un profesor, la relación pedagógica se empobrece, incluso corre el riesgo de desaparecer. Los estudiantes aprenden de otros estudiantes, de sus compañeros, tanto como aprenden de sus profesores. En cuanto proceso social, la educación necesita un ambiente social en el que un grupo de personas comparten un esfuerzo y una actividad comunes para conseguir ciertos objetivos. Por tanto es en la clase donde se desarrollan los momentos básicos y fundamentales de la educación.

La clase no es sólo un ambiente físico, con pupitres, pizarras, estanterías y

otros muebles. Es sobre todo un ámbito social y cultural que debe ser una comunidad. Una comunidad es, en primer lugar, una relación personal entre un grupo de personas que se conocen entre sí, que comparten un fin común y que se han comprometido a cooperar en su vida cotidiana para alcanzar ese fin. La cooperación y el diálogo son los procedimientos básicos para hacer frente a los problemas y tareas que deben resolver. La comunidad no significa uniformidad; las personas tienen que aprender a escuchar y respetar las opiniones de los compañeros y las diferencias y diversidad de cualidades que caracterizan a los miembros tienen que ser reforzadas pues son el terreno abonado del que la comunidad extrae su fuerza y energía. Por otra parte, la comunidad impulsa a cada una de las personas a hacerlo lo mejor que pueden; se trabaja mejor, se crece más y se desarrollan al máximo las cualidades propias cuando la cooperación, no la competencia, es la norma básica de comportamiento.

Las condiciones físicas del aula deben ser tenidas en cuenta: la situación de los alumnos y el profesor, las tareas asignadas a cada uno y los métodos seleccionados para realizar esas tareas, etc., todo ello tiene que estar impregnado por el sentido de comunidad, pues la comunidad no es algo que se alcanza de una forma definitiva, sino algo que está siempre realizándose, un proceso permanente. Posiblemente uno de los peligros más graves en la educación formal es que a la escuela y los profesores no sólo se les pide que enseñen y eduquen, sino también que califiquen, aprueben y suspendan, y las calificaciones son la "justificación teórica" y la base que fundamenta la distribución de los papeles sociales en una sociedad altamente jerarquizada y desigual. Sin una revisión a fondo de esta función sancionadora de la desigualdad, la educación en la escuela estará siempre deformada.

Evidentemente la clase no es la única comunidad posible, ni siquiera deseable, para los niños. Pertenecen a otras comunidades como la familia, los grupos de amigos, los equipos deportivos, y otras más. Todas son importantes y comparten determinados rasgos. El rasgo específico de un aula es el ser una comunidad de investigación. Es decir, la clase es un lugar en el que los hábitos de la investigación merecen una atención especial. Tiene que centrar su atención en los procedimientos formales de razonamiento y justificación y proporcionar al alumno los instrumentos necesarios para una comprensión mejor y más profunda de ellos mismos y de su sociedad; esto es lo que se podría llamar también un sólido academicismo. Por otro lado, la clase amplía el horizonte de la familia, en tanto que ésta es una comunidad básica pero limitada y estrecha; y ayuda a los niños a tener una comprensión más acertada de los hábitos sociales de cooperación, tolerancia y diálogo sin los que la democracia se agosta.

3.2. La escuela autogestionada

La escuela en su conjunto es el ámbito más amplio en el que tiene lugar la educación formal. Mantiene y fomenta todas las características de la clase de las

que acabamos de hablar. Debe, por tanto, incorporar en su funcionamiento global el mismo sentido de cooperación, de comunidad, de apoyo mutuo y de objetivos comunes. No obstante, en cuanto institución más amplia, no es sólo una comunidad, sino también una asociación. Aunque no nos gusta la distinción tajante entre comunidad y asociación, y mucho menos las consecuencias prácticas de esa división, reconocemos que existen algunas diferencias en un continuo que va desde las relaciones más personales, pero también formales, de una comunidad, a las relaciones más formales, pero también personales, de una asociación. La escuela es el ámbito en el que se discuten y practican los problemas de la justicia, el auto-gobierno, las relaciones formales, los mecanismos de toma de decisiones, y otros parecidos. Es también el ámbito en el que los alumnos entran en relación con otras escuelas y con las instituciones sociales.

El objetivo básico consiste ahora en crear una escuela democrática o una comunidad justa. Esto significa que debemos adaptar a la vida escolar los principios de la democracia, los valores de la libertad, la igualdad y la solidaridad. La escuela tiene que estimular las ideas propias de los estudiantes y ayudarles a decidir por sí mismos y a expresar y discutir en asambleas públicas sus opiniones acerca de los problemas escolares. Tienen que fomentar también la igualdad, con vistas a vencer todo lo que sea posible las desigualdades de nuestra sociedad que tienen consecuencias tan negativas para el rendimiento académico de los alumnos. En definitiva, la escuela tiene que convertirse en la piedra angular, la manifestación más profunda, de la igualdad y la libertad, yendo mucho más allá de la situación actual de nuestras sociedades democráticas. Más todavía, debe asumir su parte en la tarea común de mejorar la democracia de una forma específica y creativa. Quizá los ilustrados esperaban demasiado de la educación, pero es mejor conservar vivos sus sueños y esperanzas.

No es posible una escuela democrática sin los procedimientos formales que caracterizan y diferencian a las sociedades democráticas. El auto-gobierno exige que los estudiantes conozcan los problemas de su escuela y de su educación y puedan discutir esos problemas entre ellos y con sus profesores igual que discuten y dialogan sobre las demás materias. A continuación, tienen que participar en las decisiones que afectan a su escuela y su educación, eligiendo representantes y mandatarios para esta función, y llegando también a los ámbitos extraescolares en los que se está fraguando su educación. Por último, los niños deben tener un sistema legal adecuado para proteger sus derechos. Y todo esto desde los primeros años de la escuela.

En la medida en que las escuelas y profesores conceden calificaciones, ese sistema legal tiene una enorme importancia, precisamente porque las calificaciones, junto con el hecho de que los niños tienen menos experiencia que los adultos, posibilitan el abuso de poder por parte de los profesores en la vida cotidiana escolar. Aunque los adultos tienen que tomar decisiones en favor de los niños pues éstos carecen de una comprensión clara de todas las consecuencias y problemas implicados en su propia educación, esto no puede ser en ningún caso un pretexto para aplazar su real participación en el gobierno de la escuela. Tan

sólo exige un proceso gradual de participación que comienza el primer año de escuela y que garantiza los procedimientos durante todos los años de escolarización, sin copiar miméticamente las instituciones y procedimientos de la democracia formal, pero preservando el espíritu que esas instituciones quieren defender.

3.3. La sociedad como un continuum pedagógico

Desde el principio de este trabajo hemos estado manteniendo una concepción de la educación que se refiere no sólo a la educación formal o escuela institucional, sino también a la sociedad como un todo y a las diferentes asociaciones e instituciones que componen una sociedad. A pesar de ello nos hemos centrado en las características fundamentales de la educación en la escuela, el ámbito de la educación formal, dado el hecho de que es ahí donde tiene lugar la parte más importante de la educación en nuestras sociedades, y que la única justificación y objetivo de las escuelas es la educación. Pero las características del proceso educativo que acabamos de exponer, deben impregnar todas las instituciones sociales en tanto en cuanto nuestro objetivo sea construir una sociedad orientada a una vida mejor para todos y cada uno y suprimir tanto como sea posible la opresión y la sumisión, la jerarquía y la obediencia ciega.

Por tanto, las relaciones entre la sociedad y la escuela, desde el punto de vista de la educación, van en ambas direcciones. Es decir: si la escuela tiene que ser una institución abierta para ofrecer a los estudiantes las mejores tradiciones y esperanzas, los hábitos y valores más interesantes y prometedores de la sociedad, por su parte la sociedad debe aprender de los procedimientos de la educación en la escuela. La cuestión no se reduce en este caso a que la educación puede, basándose en un tratamiento igual, e incluso compensatorio, ofrecido a todos los niños, ofrecer un modo de luchar contra la desigualdad y la injusticia; consiste también en que todas esas cualidades (comunidad de investigación y diálogo, cooperación, capacidad de compartir, etc.), si han arraigado profundamente en los niños durante sus años escolares, pueden tener un influjo poderoso y beneficioso en la sociedad, siempre que la sociedad utilice los mismos métodos en las instituciones políticas, la administración, los negocios, las fábricas y en todas partes. Así nos podremos dar cuenta que no es posible que una sociedad sea democrática si no es al mismo tiempo pedagógica.

Al mismo tiempo tenemos que conseguir una continuidad pedagógica a lo largo de la vida de una persona. La drástica separación entre un período de la vida en el que la única actividad consiste en asistir a la escuela y otro período en el que tenemos que trabajar es la consecuencia de una concepción bastante estrecha de la escuela, y también de la vida social. Debido a ello, los niños y adolescentes permanecen mucho tiempo y muchos años en la escuela y los adultos no tienen facilidades para seguir aprendiendo. Entre tanto, el problema del analfabetismo aumenta con nefastas consecuencias para nuestras democracias y para los mis-

mos analfabetos, y la gente no puede soportar los rápidos cambios que convierten gran parte de lo que aprendimos en la escuela en unos conocimientos poco útiles. El resultado: personas marginadas (y perdedores) en la escuela y en la sociedad. Sin embargo, no podemos prescindir de ninguna manera de la educación formal e institucional, como institución básica educativa; pero tenemos que ampliar y profundizar los campos de la educación no formal y de la informal, e impregnar esos ámbitos que han adquirido una gran importancia con las principales características de la educación.

Queremos terminar este trabajo con una referencia a la relación que existe entre la familia y la escuela, un buen ejemplo de la superposición entre la sociedad y la escuela. La familia desempeña un papel muy importante en la educación; los padres son responsables de cuidar y educar a sus hijos. Es su deber y su derecho, pero nunca un derecho que tenga que chocar con el papel de la escuela como institución social. Por eso constituye un grave error sacar a los niños de la escuela pretextando que ésta está en contra de sus ideas y creencias. Esos padres olvidan que la educación es un proceso social y que la sociedad no puede abandonar en ese campo, siendo la escuela una institución básica para que los niños aprendan lo que significa vivir en una sociedad democrática y compleja. Además esos padres corren el riesgo de confundir a los niños con una propiedad privada cuya obligación es seguir el mismo sendero que sus padres.

Pero por otra parte, en estos momentos, cuando la familia está sufriendo una crisis profunda y muchos padres apenas pueden hacer frente a las exigencias básicas de la educación y cuidado de sus hijos, sería un error pretender que la escuela sustituyera a la familia. La parte asumida por la escuela y la familia en el proceso educativo no es la misma, son atribuciones diferentes que se superponen y complementan, y las escuelas no pueden asumir de ninguna manera lo que corresponde a las familias. Cuando las necesidades de los niños sin una familia adecuada son tan grandes, las escuelas deberán echar una mano con una dedicación especial, lo mismo que otras instituciones sociales. En todo caso, la quiebra de la familia es, en gran parte, la consecuencia de algunas características de nuestra sociedad actual que destruyen las condiciones mínimas exigidas para edificar una familia. Pero esas características contradicen igualmente los objetivos de una escuela como comunidad de investigación y diálogo basada en el apoyo mutuo. Si queremos transformar nuestras escuelas en una comunidad de diálogo, tendremos que combatir esas nocivas características, y de ese modo habremos también solucionado algunas de las condiciones que han destruido la familia. Volviendo al principio de este trabajo, nuestros esfuerzos para mejorar nuestras escuelas van unidos a nuestros esfuerzos para mejorar la sociedad.